

# Agustín Rodríguez Garavito, biógrafo de Gabriel Turbay

Escribe: ANTONIO CARDONA LONDOÑO

*Gabriel Turbay un solitario de la grandeza*, obra con la cual Agustín Rodríguez Garavito amplía su ya copiosa y significativa producción literaria, evoca, por su carácter de esforzada labor creadora, las propias palabras del autor sobre la cultura, “la cual es una confrontación y una mirada a la verdad del mundo” (p. 13: la numeración de esta nota y de las subsiguientes corresponde a la 1ª edición, Publicaciones S. A., Bogotá, octubre de 1965. La segunda edición está circulando cuando se termina el presente artículo).

## EL MARCO GENERACIONAL

Este libro es el drama de Gabriel Turbay y de las generaciones que le acompañaron, en especial la “generación infortunada” de *los nuevos*, desgarrada en su lucha por el poder político. En el campo de la derecha la representa el brillante grupo de los *leopardos*, cuya actuación coincidió con “la hora de guerrear y no de concebir fórmulas para la salvación de una nación” (p. 179). De los centenaristas a los nuevos, se prolonga el curso generacional a los propios compañeros del biógrafo Rodríguez Garavito: Carlos Vesga Duarte, Francisco Plata Bermúdez, Carlos Arturo Caparrosa, Rafael Azula Barrera, y muchos más: “En la línea del amanecer, estábamos los muy jóvenes, alegres franco-tiradores, grumetería de agua dulce para quienes el acontecer político tenía mucho de juego” (ib.). Aún se mantiene con ellos la fisonomía letrada de Colombia, estrechamente confundida con el quehacer político. Fue tradición colombiana reservar el poder para letrados y juristas, lo cual constituye una línea representativa de nuestra vocación humanística. La oratoria, particularmente, congrega en amplia fraternidad a los hombres de izquierda y de derecha, y enlaza fácilmente los grupos cercanos en el tiempo. Rodríguez Garavito, para quien “el orador es un tipo humano irremplazable en el sistema democrático” (p. 84), se hace solidario con el biografiado que acampaba en la orilla adversaria, cuya lucha se cumplió también por la elocuencia: “En el principio del Génesis estaba el verbo y sin su soberanía el sistema desemboca en la dictadura de uno solo” (ib.). Pero es fácil poner de manifiesto una impresionante razón de orden moral para explicar por qué Rodríguez Garavito emprendió la biografía de Turbay; porque

este quiso mantenerse “a la vista del pueblo, sin una sombra de inescrupulosidad. Acaso, por eso mismo, estamos escribiendo la biografía del gran colombiano, porque su probidad era inmaculada” (p. 156). Afincarse la existencia en una motivación ética de tipo superior implica también deslindarse del tablado pintoresco de la política y trazarse un camino de autenticidad, de orgullosa compenetración individual con un ideal de vida superior, que ha conducido a un heroico aislamiento a más de una personalidad señera; “ser uno mismo, con mensaje propio, conlleva una gran soledad” (p. 108). A quien así desenvuelve su militancia no llegarán los gajes más vistosos del poder; tendrá el destino del héroe que sabe partir hacia la acción coronada por el holocausto, o marchará en forzada retaguardia. De ahí la queja que deja deslizar Rodríguez Garavito por él y sus compañeros que no disfrutaron las óptimas primicias del poder: “enancecemos en obligada subalternidad” (p. 181).

La razón de ser de esta biografía se ilustra en la amplia perspectiva de dos o tres generaciones colombianas, todas las cuales tienen acciones en el drama humano y político de Gabriel Turbay. Biógrafo y biografiado aparecen envueltos en un nudo formado por los centenaristas, los nuevos y aun *los novísimos*. Hecho característico de la vida nacional resulta ser esta textura de grupos humanos que se aproximan en el tiempo para las lides del foro y del campamento. La teoría de las generaciones, que alguna vez nos explicaba Eduardo Carranza, cada una haciéndose presente como reacción a “un acontecimiento catastrófico” y comprometiéndose en una empresa determinada, durante un ciclo histórico que le pertenece, encuentra entre nosotros la especialísima circunstancia de que nuestra vida militante se inicia pronto y es relativamente breve. Los europeos nos doblan en el tiempo propicio para luchar y crear, y son jóvenes que empiezan cuando ya han cumplido cincuenta años, una edad en la cual el colombiano se siente jubilado.

La generación del centenario fue enjuiciada en su momento. En la obra que comentamos aparece una carta de Alberto Lleras dirigida a Armando Solano, que contiene apreciaciones de impresionante severidad: “Han perdonado, y han aplaudido siempre cualquier acto de un miembro de su generación... Por todas partes el ditirambo hiperbólico, hinchado, y sin respetar nada... La generación del centenario no tuvo ni tiene el sentido de lo contemporáneo como lo tiene la nuestra... Su generación no quiso, no por incapacidad, sino por un olfato debilitado, ser universalizadora” (p.p. 175-176).

Y si la teoría de las generaciones conserva alguna validez en esta era de la desintegración del átomo y la carrera espacial, pudiera pensarse que va llegando el momento de trazar los perfiles completos de la generación de Gabriel Turbay, sobre la cual la obra de Rodríguez Garavito abunda en pungentes consideraciones. Un mucho víctimas de la retórica, montaban “el engranaje de sus discursos sobre estructuras y símbolos recibidos, con la herrumbre de lo viejo y caduco. Las palabras sentimentales y los mitos yacentes se incorporaban en el torrente de su sangre, frenando el impulso vital” (p. 90). Acaso podría afirmarse que el biógrafo no ha seguido completamente la parábola de los nuevos, quienes hoy mismo son una expectativa nacional desde la presidencia de la República, pero

les reconoce "un estilo", pautado con los ingredientes prescritos por Bonet, tocantes al sujeto, las lecturas favoritas y las ideas estéticas dominantes. De todos modos, el enjuiciamiento de Rodríguez Garavito suscita bullidoras perplejidades, que bien justificarían un concienzudo estudio: "Cuajaron en expresiones unas veces dislocadas y contorsionadas, y, otras, en oro de buena ley, pero descuidaron compenetrarse con la problemática nacional que se convirtió alegremente en literatura. Y carecieron del divino don de la síntesis... Fueron retóricos pero no filósofos. La verdad de un pueblo desnutrido, la realidad que es idea en movimiento, la soslayaron. Por eso no dejaron un orden coherente de conceptos, una sistematización de valores" (p.p. 91-92).

Sin pretender nosotros agregar ponderaciones al enjuiciamiento de una generación que con Turbay, Gaitán y Carlos Lozano y Lozano se asomaba apenas al poder, sí podemos recoger de la propia obra de Rodríguez Garavito algunos indicios que pudieran servir como elementos iniciales para un estudio posterior:

"En la época de Turbay las palabras no estaban tan desvalorizadas como hoy" (p. 99). Por entonces "el futuro caudillo único del partido conservador había demostrado que con un léxico pobre, máxime una veintena de palabras, empleadas insistentemente sobre el mismo objetivo, se lograban efectos desconcertantes" (ib.). La orfebrería retórica había cautivado a los colombianos de varias épocas, y quienes en temprana edad recibimos los ecos de aquel barroquismo literario sentimos hacia el cultivo de la lengua un escepticismo que no se compadece con su egregia función de medio de comunicación y de creación estética. Algo peor: las palabras se volvieron "ebrias" en alas de una elocuencia encendida; ya no fueron portadoras de una carga conceptual sino más bien talismanes engañosos o armas virulentas; una literatura que pasó a ser tragedia en cuanto multiplicó su fuego en la retaliación sectaria, y presumiblemente contribuyó a crear la pesadilla de la violencia, de la cual apenas vamos despertando.

Podríase aceptar, además, que los nuevos heredaron sin verificación un sectarismo bifronte, que puso a tambalear la nacionalidad en la primera mitad del siglo XX. Los niños colombianos aprendían la dicotomía del odio en la media lengua de sus primeras expresiones, que ya tenía de exclusivismo aberrante las palabras "conservador" y "liberal". Así nos lo comenta Rodríguez Garavito, y nos ilustra aun más con la diciente anécdota del diplomático mexicano que habiendo permanecido diez días en Bogotá, se refería a los colombianos diciendo: "¿Colombianos...? Créame que nunca he oído hablar de ellos. En su patria solo oí hablar de conservadores y liberales" (p. 127). De la mentalidad facciosa no sale bien librado ni el propio Gabriel Turbay en las páginas de Rodríguez Garavito, pues si bien reconoce en él la profesión del "más puro liberalismo", lo halla culpable de acogerse a la intolerancia de su partido, de "vestirse hasta los pies de sectarismo" (p. 78).

Por otra parte, es evidente que el biógrafo capta los aspectos relevantes del biografiado y de su ambiente con lente tradicionalista, y con no poca vehemencia. La generación de los nuevos, en vez de reflejar una sola fisonomía aparece en su obra escindida en dos alas: los nuevos propiamente dichos, y los leopardos. A los primeros los presenta sin "solidaridad para

ver el futuro" (p. 178), enamorados de "una confusa monserga de palabras como 'la libertad contra el despotismo', 'el individuo contra el Estado', 'la democracia contra el absolutismo'" (p. 46). Los segundos le significan "el ímpetu nuevo, la oposición" (p. 179).

Al examinar incidentalmente el patrimonio del partido conservador, Rodríguez Garavito llega a afirmar que "desde Mallarino, José Eusebio Caro, Núñez y Miguel Antonio Caro, este partido era considerado como el legítimo depositario del humanismo como forma de vida" (p. 69). Los nombres indicados son ciertamente de tan altísima jerarquía mental, que no sería posible desconocerles el claro ascendiente del humanismo letrado y del humanismo cristiano. Pero si se ahonda en los testimonios de las letras colombianas, y sobre todo en el humanismo "como forma de vida", ¿acaso no será posible hacer listas igualmente significativas de personalidades señeras del otro partido, y encontrar diferentes y aun fecundas manifestaciones de humanismo?

Agustín Rodríguez Garavito es, pues, un biógrafo apasionado en el alto sentido de la palabra; quien al sujeto de su obra se acerca con el nervio de su propia persona, entre los coros generacionales donde se encuentra Gabriel Turbay. Por ello exhibe sin reservas su propio mundo espiritual, su doctrina política, y aun su vigor de combatiente. Inevitable resulta que el escritor, bien como exponente de la ideología conservadora, bien como cifra de una generación, sea parte de la acción en que se mueve el biografiado.

## GABRIEL TURBAY

En la biografía de Gabriel Turbay, este viene a ser en verdad la más alta cifra de valoración humana. Quienes escasamente conservamos en la memoria los ecos de la campaña en la cual cayó vencido, a un paso de la presidencia de la República, no sabíamos realmente cuánto valía como hombre y como estadista. En este punto, la obra de Rodríguez Garavito, a pesar de que no ofrece un escrutinio minucioso de la existencia de Turbay, es indudablemente una revelación, profunda y patética. A la postre deja un acre sabor de desencanto, por la amarga frustración del biografiado, de su generación y del país.

En el examen de la personalidad de Turbay, a través de la obra de Rodríguez Garavito, se pueden patentizar cotejos interesantes:

De cierto se destaca como un gran abanderado de la nacionalidad colombiana, aquel hijo de inmigrantes, en un país que ha sido de muy escasa inmigración. Pese a la consagración de millones de votos para la presidencia de la República, se impuso en buena parte el prejuicio chauvinista. Siendo que Turbay fue discípulo de los jesuitas, estos lo perdieron para su causa, pero presumiblemente dejaron huellas imperecederas en su espíritu, puesto que "modelaron su alma" en la primera juventud: seguramente en la reciedumbre del político, en su inteligencia realista, en su sentido del orgullo y del honor, tuvo mucho que ver el "bachillerato formativo y normativo en el cual ningún texto se dejaba a la simple curiosidad anecdótica del estudiante" (p. 49). Por otra parte, en la posición de

insularidad, en la vocación de torero entre los políticos que le atribuye el biógrafo, de jugador que juega sin reservas su suerte, se reflejaba la convicción de que “lo importante en la vida de un gran hombre no es llegar, es partir” (p. 134). Para tales paradigmas humanos reza la sentencia de que la vida es milicia: “Nada de malicia y sí mucho de milicia como pedía Gracián” (p. 34).

Un aspecto interesante en la vida de Turbay es el hecho de haber sido discípulo de los jesuitas, después comunista y luego liberal. Aunque se trata tal vez de una parábola que han seguido muchas vidas entre nosotros, sin descontar la posibilidad de que vuelvan a un tradicionalismo decantado, nos parece que en este respecto los atisbos de Rodríguez Garavito no son muy convincentes: ¿Que el comunismo permaneció latente en Colombia desde que su semilla fue sembrada por algún trashumante entre nosotros? ¿Que a Gabriel Turbay tal vez le repelía la fonética del vocablo “godo”? ¿Que para él fueron definitivos los influjos de don Vicente Azuero, entonces considerado como el verdadero “patricio granadino”, y del Indio Uribe, famoso libelista? ¿O que el amor por Francia se envolviera en una gran pasión por el espíritu libertario de entonces? Aquella libertad de los ideólogos liberales colombianos resulta ser para Rodríguez Garavito una especie de “bella durmiente del bosque”, que trae, sin embargo, “un polen de justicia social y de redención de la pobrería colombiana” (p. 47). No obstante la ambigüedad e imprecisión que han comportado las ideas políticas en Colombia, consideramos que un hombre de tan fuerte individualidad como la que acredita Gabriel Turbay en las páginas de Rodríguez Garavito, debía tener una fundamentación más robusta, sistemática y comprensible de su credo político.

Turbay recibió el mensaje imperecedero de los clásicos, pero no se presenta como letrado, como devoto del arte de la palabra escrita. Cifra eminente de una generación, su vida se retrae a una adusta insularidad que culmina con el temprano sacrificio. No se salvó un gran presidente para Colombia, pero se salvó el hombre, que es antes que todo un carácter. Rodríguez Garavito lo pone de manifiesto, al ponderar la entereza de ánimo del personaje, cuya naturaleza física era frágil pero obediente al mandato de resistencia de su espíritu: según el juicio de Gilberto Alzate Avendaño, “en la campaña presidencial no tuvo más viático que su propio carácter” (p. 201).

“Sus ojos tenían un brillo inusitado... Sostiene Alejandro Vallejo que tenía ‘una silueta de animal estepario, orejas extendidas y una fina nariz husmeante. Una mirada zahorí’. No era alto, más bien de estatura pequeña. Pero tenía el dominio perfecto de su persona y se crecía en el momento de cóleras democráticas o en la tribuna pública. Sus manos pulcras, morenas, cuidadas con esmero, extrañamente frágiles como flores de invernadero. La nariz de águila que se estremecía ante la proximidad de los olores y que parecía adivinar la llegada de la tempestad... Por esa nariz fue llamado ‘beduino’ por sus enemigos. Tenía orejas de podenco, desproporcionadas como grandes y aleteantes caracolas que, en uno de sus viajes a Europa, se hizo recortar, según afirma Vallejo” (p. 57). “Nunca hizo antesala ante los poderosos. Se movía entre ellos como uno de sus

pares... Su magia era definitivamente cautivante" (p. 162). "Mediaba un abismo entre él, político sutil, profesor de idealismo, y aquellos que carecían de sus mismas calidades éticas. Su libertad de pensamiento, la nobleza humanada de sus propósitos, el ardor viril para imprimirles un cauce a las ideas, su templada fortaleza, no se dan fácilmente en nuestro trópico propicio a la laxitud, al fantasear, a los pasajeros entusiasmos" (p.p. 169-170).

## POLITICA Y FRUSTRACION

De labios del profesor Edmundo O'Gorman tuvimos oportunidad de oír en Nueva York una síntesis apretada de la historia de la nación mexicana, la cual puede condensarse en la antinomia del mesianismo y la libertad. En la contraposición de estos dos términos pudiera tal vez pergeñarse entre nosotros una similar explicación de nuestra vida política. Para el escritor Rodríguez Garavito, la nacionalidad colombiana debe afirmarse en un credo y un orden trascendentalistas, en la concepción de un destino superior, aceptando inclusive una especie de fanatismo, "no del todo estéril" (p. 36). La contraparte liberal, cuya acción cívica y guerrera tuvo adalides tan brillantes como Gabriel Turbay, parte más bien de la afirmación de los fueros de la persona humana, la garantía de la libertad individual. La oposición de los dos credos podrían representarla el biógrafo y el biografiado, pues para Rodríguez Garavito "la libertad careció de perfiles netos, de soportes jerárquicos" (p. 37). Entre la concepción jerárquica y el credo libertario corría "una sed indefinible por hallar un punto de equilibrio" (ib.).

Muy serias implicaciones trae la obra de Rodríguez Garavito en cuanto señala los hechos de la vida política nacional que sirvió de ámbito a la azarosa existencia de Gabriel Turbay, en último término resueltos en un melancólico cuadro de frustraciones y violencia. Las gentes representativas de la voluntad de mando no habían podido emanciparse del "paisaje espiritual y físico de la guerra". Las instituciones resultaron endebles. La palabra democracia fue apenas una especie de sueño alucinante de los partidos. Y en cuanto al sentido ético que indudablemente orientó la actividad de muchos nobles líderes de ambos partidos históricos, a la postre entró también en crisis. Tarde se daría cuenta la generación de los leopardos, cuyo ejercicio "partía del concepto de que la política debe arrancar de la moral" (p. 108), de que "los escrúpulos éticos entraban la acción del animal político que tiene que ser cruel, desafecto, con ribetes de inescrupulosidad si no se quiere ser avasallado por otro orden de valores" (ib.). Tremendamente difícil sería para Gabriel Turbay y otras figuras agregias de su tiempo, poner "de manifiesto aquellas virtudes morales que no se dan fácilmente en nuestra política de transacciones, hartazgos y compadrazgos" (p. 81); "lo moral resulta un vestido muy estrecho para el político que se nutre de realidades inmediatas" (p. 83). Al final "el pueblo pagaría los platos rotos. Pero se divertía con la función democrática, con sus atuendos y chirimías" (p. 80). La vida democrática tenía mucho de *mise-en-scène*, donde unas veces se movía la charla insubstancial de los diplomáticos y hombres de salón; otras "la república literaria" (p. 94), hecha de mitos y palabras que fueron derrumbándose. Y a través de

todo ello, el subdesarrollo del país “engendraba un tipo de hombre de muy especiales condiciones: el burócrata” (p. 105); el empleo público no era un medio para la realización de los trascendentales fines del Estado, sino una meta definitiva para los aspirantes; la carencia de otras posibilidades de trabajo lo convertía en cosa sagrada, algo intocable por lo cual había que luchar y morir. De ahí que la llamada “alternación pacífica de los partidos en el poder”, para unos fuese un síntoma de civilización política, y para otros el inquietante “regreso del péndulo” que paraba en “un carnaval de sangre” (p. 104). Honestamente se profesaba la creencia de que Colombia constituía “una potencia moral”, y hasta el biógrafo Rodríguez Garavito considera que el país tocó la meta del “único momento en que la democracia fue total” (p. 48), cuando el partido conservador eligió presidente a don Marco Fidel Suárez, quien ostentaba el apellido de su madre. Nosotros podríamos aducir razones en el sentido de que aquello fue una gran ilusión de democracia: la misma democracia idealista y romántica que deja vigente la oposición entre la realidad, que va por un cauce, y “la letra discursiva”, que va por el otro. Hoy parece increíble que mentalidades tan penetrantes como muchas de las generaciones centenarista y subsiguientes, no hubiesen tenido ojos para anticipar el drama de la nación colombiana. Una conclusión es casi inevitable: nuestra cultura política y literaria era postiza; se hallaba enferma de locos sueños que se devoraban a sí mismos. Aun sin olvidar las bellas y auténticas empresas que cautivaron a tantos colombianos excelentes, estábamos plagados de cursilería y snobismo. “Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetín de Norteamérica y la montera de España” (p.p. 140-141). Adolecíamos entonces y quien sabe si ahora y hasta cuándo, de una pesada falta de autenticidad.

## EL ESTILO

Por el lenguaje de su obra, Agustín Rodríguez Garavito participa ampliamente del mismo ámbito espiritual que señaló para su héroe: “Allí predominará siempre lo lírico y sensorial sobre las frías cogitaciones cerebrales” (p. 33). Su noble prosa, fluída y de acento vernáculo, es en realidad acusadamente lírica, de tono elevado y en veces sobrecogedor. Prevalecen en ella la vivencia subjetiva sobre la descarnada disección, el lenguaje emotivo sobre los calculados valores referenciales. El sentido crítico, sin embargo, alerta siempre, va descubriendo riquísimas vetas de valoración de los hechos y de las personas.

A trechos el discurso se torna sentencioso: “Solo después de la muerte nuestros actos nos siguen” (p. 187), “Morir es convertirse en destino” (p. 185), “El juego es la única actividad seria para un niño” (p. 127); y se acendra en pasajes verdaderamente antológicos como el paralelo entre el orgullo y la vanidad: “...El vanidoso es incapaz de pararse sobre el arrecife de la soledad. En cambio el orgulloso hace de la soledad un signo de grandeza...” (p. 51). En otras ocasiones se torna ricamente descriptivo, como al hacer la pintura de Bogotá: “...Balcones festoneados, de un complicado plateresco, parecían lanzarse al espacio como nidos de nogal para la brisa de los suspiros... La Gruta Simbólica abría en la noche su rosa de poesía, entre un alegre fracaso de cristales” (p. 52).

Rodríguez Garavito maneja las palabras con dignidad, transparencia y gozo profundo. Aflora como una recreación permanente el vocablo *germinal*, trasunto de una ansia de crear espiritualmente, de hacer nacer la obra del hombre a cada instante. Otros términos: *bonzo*, *cansino*, también frecuentes en su prosa, podrían tomarse como antítesis del anterior, en cuanto califican el quietismo o la conformidad de muchos personajes que son la contraluz del esfuerzo creador. Rara vez se advierte una expresión desapacible, como el antipático neologismo *voquibles*, encaminado a colorar despectivamente las denominaciones de "godos" y "rojos".

Singular vigor y colorido acusa el lenguaje figurado, y muy especialmente la metáfora, delectación de la generación de los nuevos y los novísimos, que afluye con desusada facundia al estilo de Rodríguez Garavito. Pocos escritores colombianos han exhibido un derroche tan espléndido de tropos metafóricos: las esperanzas convertidas en hatillos, el alma de ciertos pueblos en campana, los jaguares que beben agua de luna, las estrellas de América atadas a las cruces de hierro, las piedras alzando la frente, la muerte transmutada en harina que espolvorean los árboles, tres caravelas líricas rumbo al infinito, la leyenda como pájaro multicromado, una mujer que se torna en gajo de brisa, el zurrón de cuero de un camello llenándose de estrellas como piedras.

El escritor revela también ciertos motivos predilectos: *miel*, *llamas* y *vino*. Todos descubren ávidas apetencias sensoriales, y aun evocan en conjunto una suerte de vida en ebullición, estrujante y refinada a un tiempo, de tonos brillantes y profundos:

"Por debajo de las ferradas cotas de malla *la miel del amor*" (p. 15),

"Ojos de los castellanos habituados a *llanuras sequizas, ocres y llameantes*" (p. 16),

"Valencianos *de sangre dulce* como sus *naranjales*" (ib.),

"José Asunción Tamís Espinosa, un *muchacho dulce y melancólico*" (p. 21),

"Libanesas de *ojazos negros y brillantes*, de *voz cálida de cántaro de vino derramado*" (p. 23),

"Gozos como *mieles delgadas*" (ib.),

"Abejas en sus *panales*. Una corona de *dorada miel* en finas celdillas" (p. 26),

"Y en el aire mirlas de *patas amarillas* y de plumaje de un *gris dulce*" (ib.),

"Villancicos de letrillas *fragantes y resinas campesinas*. Olor de *pan bueno* y *candéal*. *Buñuelos*, *natilla con su clavo de canela*, *turrónes*, y el *buen vino oscuro* como una pena" (p.p. 29-30).

Echase de ver el contagio expresivo, de iridiscentes matices, en muchos otros pasajes, hasta constituir una especie de discurso llameante, patente aún en los propios índices de titulación de los capítulos, que envuelve las vivencias solemnes o angustiosas:

“CAPITULO III. Memoria clarividente del carlismo. La guerra de los mil días y su tétrico *embrujo*. El *resplandor* de la *hoguera*. Turbay oye a las *lenguas del viento* contar romances. Silenciados los *vivaques* se alzaron las tribunas...” (p. 35).

Hay también en este libro un motivo tremante, hartamente idealizado: la mujer, punto de referencia que se convierte casi en una obsesión. “Mujeres que son sutilidad, ‘pasto de los ojos, elevación de las almas’. Su perfume de flor confundiendo con el de los cedros. Su radiante gracia penetrándolo todo” (p.p. 8-9); “Luz de una mujer que pasó por nuestra juventud” (p. 188). La imagen femenina sosiega los pasos del luchador y del artista, y su ausencia constituye una suerte de condenación, el *pathos* del prócer biografiado que jugó con una sola carta: lo impulsó el ansia de poder, la *libido imperandi*, y se consumió en “Soledad de mujer, que es la más atroz de todas” (p. 23).

La estructura de la obra está configurada por un tejido de relaciones que van desde el ámbito histórico-social hacia el personaje. El punto de partida se halla más bien en las circunstancias genéticas que en los testimonios factuales. El conjunto semeja un tablado, donde van apareciendo primero vastos telones y luego vistosas bambalinas. Al fondo se destaca el Líbano, a modo de venero donde se conjugan las savias de la cultura milenaria: “Campo de las eternas luchas del género humano para encontrar su destino, planta errante que levanta apenas un poco de polvo con su sandalia peregrina para desaparecer en el vasto cementerio de la historia” (p. 10). Luego se hace visible Francia, alma de la cultura moderna, nación colonizadora que expande la fuerza del genio de occidente y anuda motivos de inspiración política y estética entre pueblos y escenarios disímiles. Después Iberia forjadora de naciones, armada de la cruz y la espada. En proximidad, el alma enigmática de los aborígenes americanos. El círculo va estrechándose en el grupo de la familia de Gabriel Turbay, laboriosa y ejemplar por la “abundancia de corazón” y la hidalguía, apretados “al amor de la heredad santandereana a medida que los hijos iban naciendo y creciendo” (p. 12). En la nativa Bucaramanga, que allá en 1901 “tenía alma de remanso” (p. 23), ubérrima y plena de colorido según la descripción de Enrique Otero D’Acosta, “primaba la imaginería española, el delirante y cándido barroco de procesiones de una encendida liturgia” (p. 25). Allí se refugiaban las “supersticiones, refranes” y la sed de misterio; y un generoso ambiente propicio para el diálogo y la amistad. En el calor del solar nativo se incubarían también el primer drama y el primer acicate de lucha para Gabriel Turbay: “Sentiría el niño que no todo lo colombiano le pertenecía... De ahí la necesidad orgánica de vivir en función de su suelo” (p. 28). Rodríguez Garavito cree ver en aquella atmósfera de infancia evocadora, “con paisaje de juguetes al fondo”, una coraza que ha de proteger a Gabriel Turbay de la comisión de cualquier acto de abyección. Apoya su tesis en un testimonio de Dostoievski, para quien un hombre de niñez risueña “es casi imposible que manche sus manos con la sangre de un crimen” (p. 67). Pensamiento muy semejante al que inspiró la filosofía del caracol en Ortega y Gasset, quien atribuye los gestos más elevados de una vida humana, a la conservación, como en una concha sellada y maravillosa, de las más puras esencias de la infancia.

Las luces tienden a iluminar gradualmente al personaje principal, destacándolo después con brillo espectacular. Asimismo van esclareciendo a otras figuras que discurren en el mismo escenario histórico. Surgen entonces, en una especie de iconografía de rápidos trazos, unos cuantos retratos que reflejan extraordinario poder de síntesis y personalísimas interpretaciones por parte del escritor:

Jorge Eliécer Gaitán, contendor de Gabriel Turbay en la lucha por la presidencia de la República, quien en un transporte de elocuencia llegó a decir: "Yo no soy un hombre, yo soy un pueblo" (p. 159);

Alfonso López, "de tan singulares y desconcertantes gestos, que nunca le había tenido miedo a la palabra revolución, siempre al timón con el ojo alerta y con una audaz y personalísima noción de nuestro perfil y destino" p. 153);

Eduardo Santos, cuyos "estilo, medida, ponderación, inmersión en sí mismo, son el contrapeso a nuestra hazaña tropical" p. 133);

Enrique Olaya Herrera, "con su cabeza de torre inclinada... De una perspicacia zahorí, bañado el sí de jugos autóctonos, de la 'malicia indígena', no le engañaban ni los hombres ni las apariencias. A sus interlocutores les desollaba el alma para saber cuánta era su densidad. Por eso mismo no tuvo pares. Siempre estuvo una grada más alto que los personajes con quienes trataba problemas públicos" (p. 115);

Miguel Abadía Méndez, cuyas "facciones tenían algo de máscara hierática. Ojos dulces y suaves. Los anteojos cabalgaban una nariz gorda y sudada. Con solo verlo se podía deducir que tenía un aire profesoral, cansino, de jurista jorobado por largas vigilias sobre amarillentos infolios... Mentalidad arcaica, paternal, cristalizada, alimentada con preceptos del pasado y muy a su gusto en su oxidado sistema" (p. 110);

J. M. Marroquín, en una especie de siesta republicana, "desde el Palacio de los Presidentes, 'mataba' sus largos ocios escribiendo chascarrillos, tejiendo epigramas, jorobado sobre su texto de ortografía, feliz de emparejar sus escuadrones de esdrújulos 'Iba Pánfilo con una múcura y en una cáscara se resbaló" (p.p. 52-53).

El efecto más impresionante de Agustín Rodríguez Garavito es una vibrante exaltación de los valores humanos. "Como decía don Miguel de Unamuno, si es necesario que los hombres tengan ideas, no lo es menos que las ideas tengan hombres" (p. 82). Los mayores varones de Colombia trascenderán cuando se eleven sobre el sectarismo para identificarse con la felicidad del pueblo; se nutrirán con "el refrigerio de su fuente interior", profesarán una milicia superior, no le tendrán "miedo a labrar su propia estatua", y no habrán de sufrir la condenación de Nietzsche: "Vemos a los otros hombres más altos, porque los contemplamos de rodillas" (p. 141).

Bogotá, junio de 1966.